EL PANTANO
por Mariano Sanz F. de Córdoba

Detuvo el automóvil y señaló a su compañera el paraje que se ofrecía ante ellos. En efecto, aquella pequeña cala rodeada de encinas que constituía la puerta de acceso al gran pantano que divisaban desde su privilegiado punto de observación era el lugar idóneo que estaban buscando. El vehículo descendió por el reseco sendero que conducía al pantano y poco más tarde ambos jóvenes se acercaron, estrechamente abrazados, al punto donde las aguas remansadas se unían con la arena. Sonrieron, y un beso confirmó el tácito acuerdo de detenerse en aquel lugar.

Regresaron junto al automóvil y, mientras extraían del mismo los enseres necesarios para establecer el pequeño campamento, comentaron la suerte que habían tenido al encontrar aquel sitio. La tarde estaba cayendo y ya temían que tendrían que continuar el camino hasta llegar a otra población donde, como la noche anterior, habrían de conformarse con el impersonal lecho de cualquier hostal. Y ese no era el plan que tenían trazado para disfrutar intensamente durante aquel viaje de novios. Al contrario, deseaban pasar aquellos maravillosos días juntos y solos, en contacto con la Naturaleza, perdidos en los lugares más remotos, y ocultos a las miradas del mundo... Y por fin habían encontrado el lugar con el que soñaban.

Aún no estaba instalada la tienda de campaña cuando comenzaron a juguetear por los alrededores del improvisado campamento. Corrieron por la ribera del lago artificial, se persiguieron entre las encinas que circundaban el lugar, se empujaron por las cercanías del campamento y, finalmente, dejaron que sus cuerpos se amaran junto a la orilla del pantano.

Extenuados, quedaron tendidos de cara al cielo y el incipiente crepúsculo llenó sus miradas. Al cabo de un rato, la mujer se sentó y, lentamente, miró en todas direcciones.

–¡Qué raro...! –murmuró.

–¿Qué dices? –dijo su compañero, distraídamente.

–El silencio... ¿no notas el silencio? El extraño... Ni siquiera se escuchan los pájaros. Ya sé que nos encontramos muy lejos de cualquier pueblo, pero al menos deberíamos escuchar el canto de los pájaros. No sé... este silencio me da miedo.

–No digas tonterías, Ana –dijo el chico, incorporándose–. Hemos estado tres días huyendo de la gente y ahora, cuando por fin encontramos un lugar donde podemos estar juntos y solos, dices que te da miedo. Este sitio es magnífico.

–No sé... me parece como si le faltara vida.
–Vamos, vamos... –dijo, tendiendo la mano a su mujer–. No te imagines cosas raras, ¿quieres? Además, en este pantano podré hacer pesca submarina. Mira, vamos a terminar de montar la tienda y luego, mientras preparas la cena, iré a ver si pesco algo.
–¿No es ya un poco tarde?
–Todavía hay suficiente luz. Vamos, no discutamos más. Te prometo que esta noche comeremos pescado frito.
Cuando terminaron de instalar la tienda y mientras Ana atendía los últimos detalles para dar a la rústica morada las mayores comodidades, su marido se puso el bañador, acondicionó el bote neumático, comprobó el funcionamiento de su fusil de aire comprimido, echó las aletas y la careta al interior del bote y arrastró su medio de transporte al agua. Luego se acercó a su mujer.
–Si quieres, puedes encender una fogata para calentarte; así, podremos cocinar luego lo que traiga.
–Prepararé mejor algunas de las latas que tenemos –rió ella–. ¿De verdad no piensas que es un poco tarde ya...? Podrías ir mañana a pescar.
–No, no quiero desaprovechar este instante. Volveré antes de que oscurezca del todo, ¿de acuerdo?
El hombre agradeció la atención de su mujer con un beso y se dirigió al bote. Auxiliado por un pequeño motor, la embarcación se alejó rápidamente. Cuando el ruido dejó de escucharse, la joven esposa regresó junto a la tienda de campaña y terminó de acondicionarla. Cuando lo hubo conseguido, se sentó a al entrada de la misma, cansada, pero satisfecha de la labor realizada. Fue en aquellos momentos cuando volvió a sentir la misma inquietud que poco antes había experimentado. Aquel silencio ni siquiera violado por el rumor de la brisa del aire, el paraje tan extraordinariamente abandonado, aquel universo del que parecía haber escapado todo signo de vida, la soledad y la tensa tranquilidad que envolvía todo, el silencio... el silencio...
Queriendo vencer al miedo que le producía su propio miedo –o, en cualquier caso, al miedo a lo desconocido– decidió hacer cosas que le ayudaran a no reflexionar de nuevo acerca de aquellas sensaciones, al menos hasta que regresara su marido... ¿Y si no volvía hasta que fuera noche cerrada? No debería haberse marchado. No tardaría en anochecer y entonces...
Se reprochó de nuevo por haber dado rienda suelta a sus pensamientos y, dispuesta a rectificar, comenzó a recoger algunas ramas secas que se encontraban esparcidas por los alrededores –lo cual no le resultó difícil pues el caluroso verano se había dejado notar incluso en aquel recóndito lugar– y al cabo de cierto tiempo tuvo dispuesta una pequeña fogata. Como no sabía si la madera de encina tardaría mucho tiempo en consumirse, decidió hacer una buena provisión de ella pues deseaba dejar el fuego encendido por la noche.
Aquella operación se prolongó bastante tiempo y en una de sus idas y venidas portando ramas, observó que algo avanzaba por el pantano en su dirección. Corrió hasta el borde del agua y, como aún había luz, pudo distinguir en seguida la silueta de la embarcación que se acercaba. No, no

era su marido. Se trataba de una embarcación de madera de mediano tamaño –aunque mayor que las típicas barcas de recreo que se pueden observar en los estanques de algunas ciudades– de similares características a las que empleaban algunos pescadores de la región, y pudo ver la figura de un hombre que remaba vigorosamente. No obstante, no fue capaz de distinguir las facciones de aquella persona porque se encontraba de espaldas a ella y llevaba un impermeable oscuro cuyo capuchón le cubría la cabeza, pero creyó adivinar que avanzaba en su dirección. La nueva presencia humana reconfortó en cierta manera su ánimo, pues, aunque amaba la soledad, aquellos parajes desiertos le habían llegado a atemorizar.

Cuando la barca llegó a la orilla, el hombre saltó a tierra y encalló con cierta dificultada su presumible herramienta de trabajo. Ana se mantuvo donde estaba, pero sabía que aquel hombre iría hacia ella.

–Buenas tardes –dijo el recién llegado, alzando su enguantada mano derecha.

Vio que caminaba despacio y la sonrisa que enmarcaba su rostro invitaba a confiar en él. Era un hombre vigoroso, de mediana edad, curtido y, aparentemente, poco acostumbrado a frecuentar los contactos sociales. Ana se fijó especialmente en sus grandes ojos azules, casi acuosos, que escrutaban cuanto le rodeaba. La mujer le tendió la mano y el hombre se la estrechó sin quitarse los guantes de goma con que se cubría. Ana comprendió que aquel hombre tenía dificultad para entablar diálogo y quiso ayudarle.

–¿Viene de pesca? –dijo, sonriendo.

–Sí –replicó el hombre, señalando su barca–. Ahí tengo los reteles con algunos crustáceos que he recogido.

–¿Cangrejos? –insistió ella.

–Sí, mayormente... Pero también hay otras especies.

Era difícil romper la barrera de silencio que los separaba tras pronunciar cada frase. Ana pensó que la compañía de aquel hombre solitario –¿sería el efecto de la mortecina luz lo que le inclinaba a pensar que las pupilas de aquellos ojos no estaban definidas y que todo el globo ocular tenía un extraño color azulado?– le permitiría sobrellevar la espera con más ánimo.

–He encendido un pequeño fuego allí, cerca de la tienda. Si quiere acompañarme, puedo ofrecerle café.

El hombre afirmó con la cabeza y poco después ambos estaban sentado junto al fuego. Ana miró al hombre que, al otro lado de las llamas que los separaban, saboreaba la bebida.

–Mi marido vendrá pronto. Ha ido a pescar.

–¿A pescar?

–Sí. Quizá le haya visto usted.

–¡Ah, sí! Llevaba un pequeño bote, ¿verdad?

–Sí. ¿Le ha visto?

–Hace un rato. Está lejos. Quizá demasiado.

–¿Por qué dice eso?

–Bueno, no sé... La gente dice que este lugar no es bueno.

–A mí me parece que es un sitio magnífico.

–La gente lo dice. Pero, bueno, la gente generalmente miente. la gente

siempre intente inventar excusas para protegerse de sus propias faltas. La gente es mentirosa y cínica. Siempre ha sido así.

–¿Pero qué es lo que dice la gente?

–¿No lo sabe? Se nota que no es usted de aquí. Si no, no se habría acercado a este maldito pantano. Los buceadores y la gente que practica la pesca submarina jamás entran en el pantano porque dicen que este lugar lleva consigo la muerte. Pero no quiero inquietarla. Sólo son historias que cuenta la gente supersticiosa.

–Me gustaría escucharlas. De esta manera, no estaré atormentándome todo el tiempo hasta que regrese mi marido. Aunque, si usted tiene prisa...

–Nunca tengo prisa –dijo tajantemente, sin apartar la mirada del fuego–. En fin, si usted desea conocer todas esas leyendas...

–Sí, por favor –dijo Ana, encogiéndose sobre sí misma pues empezaba a refrescar.

–Bien, todo tiene relación con este pantano –continuó el hombre centrando su atención en el crepitar de la hoguera, cuyas llamas lamían amorosamente los troncos–. Hace más de treinta años, este pantano no existía. En el lugar que ahora han invadido las aguas se alzaba un pequeño pueblo de gentes trabajadoras, como tantos otros. Las casas eran pequeñas, rústicas y pobres, pero los vecinos no se quejaban de ellas pues constituían sus hogares. Tampoco las tierras eran muy fértiles, pero eran amadas, trabajadas y cultivadas por los lugareños porque eran sus tierras y sus vidas. Sucedió que por aquellos días alguien decidió que para obtener el mejor aprovechamiento de este valle debía construirse un pantano. Debió de ser alguien importante, porque la Administración no tardó en dar su autorización para llevar a cabo tal proyecto. Nadie pensó –la gente nunca piensa en los demás, y menos aún si ni se puede obtener un beneficio por hacerlo– en los vecinos de aquel pueblo que debería ser anegado por las aguas. Al notificar a los lugareños la decisión, se les ofrecía la posibilidad de ir a vivir a unas confortables casas ubicadas en varias poblaciones cercanas y hasta se pagaron pequeñas indemnizaciones. Algunos se marcharon en seguida, otros más tarde, otros... otros nunca, como Juan el Loco».

A la mujer le pareció que las palabras de aquel hombre, ahora fluidas, habían adquirido una extraordinaria violencia tras las últimas frases, pero prefirió no interrumpir el relato.

«Juan el Loco era un buen hombre que jamás hizo mal a nadie. Era viudo y sus únicas compañías se reducían a su hijo –en aquella época muy pequeño– y a un perro de lanas que jamás abandonaba a su amo. Tenía unas pequeñas tierras en los alrededores del pueblo que le ayudaban a sobrevivir y también solía ayudar al cura cuando decía la Misa de los domingos. Juró una y mil veces que nunca se iría del pueblo, del lugar que amaba y donde reposaban los restos de su mujer; del lugar que era suyo. Sus tierras fueron expropiadas, pero él nunca aceptó tal hecho. Finalmente, todos se fueron y Juan el Loco quedó solo, con su hijo y su perro. Meses más tarde las autoridades le obligaron a abandonar su casa, pero tuvieron que sacarlo por la fuerza. Una semana más tarde el pueblo fue sepultado bajo las aguas. Durante los siguientes días se sucedieron muchas visitas para contemplar el trabajo realizado y fue en una de ellas

cuando encontraron flotando en el pantano el cadáver del fiel pero de lanas. Sabiendo los lugareños que aquel animal jamás se separaba de Juan el Loco, buscaron a su dueño, pero no le pudieron localizar, como tampoco a su hijo. Se supo que cuando fue obligado a abandonar su tierra se refugió en la casa que le tenían asignada, pero que sólo permaneció allí un día. Entonces se temió que hubiera cometido al imprudencia de regresar al pueblo y alguien dijo que poco antes de que las aguas anegaran éste, se había escuchado el repicar de las campanas de la iglesia, y que el sonido sólo se había apagado cuando las aguas llegaron a la torre del campanario. para acallar las voces populares que comenzaban a resultar molestas, se decidió enviar un equipo de hombres-rana para efectuar un rastreo, pero poco después de comenzar tal iniciativa los buceadores informaron que el cieno, el lodo y el légamo lo cubrían todo, que la oscuridad era total y que en aquellos momentos resultaba sumamente peligroso adentrarse entre los edificios sumergidos. Quizá cupiera la posibilidad de hacerlo en el futuro, pero no en aquellos días. No obstante, pronto quedó olvidado el tema y todo permaneció como estaba».

Ana notó que aquel hombre estaba sufriendo una transformación. Ya no se limitaba a narrar una historia sino que hablaba para sí mismo, abstrayéndose de su presencia. Aprovechando el instante en el que el pescador detuvo el relato, miró al pantano, pero no descubrió señal alguna de su marido. Sintió frío, pero prefirió continuar junto al fuego escuchando aquella historia antes que entrar en la tienda y coger alguna prenda de abrigo. El hombre prosiguió.

«Sin embargo, pronto comenzaron a correr extraños comentarios y a circular singulares leyendas. Antes de que las últimas hojas de los árboles del viejo cementerio que aún sobresalían del pantano cayeran para siempre, se ahogaron dos jóvenes que practicaban pesca submarina. Más tarde, alguien instaló un tendedero pensando que las maravillas naturales de este lugar atraerían a los excursionistas. Cierto día, su único hijo entró en el pantano y nunca se volvió a saber de él; el padre fue a buscarle en una barquichuela y, cuando al día siguiente le encontraron tendido sobre la misma, se comprobó que había perdido la razón...posteriormente, murió en el centro sanitario donde había sido internado, suicidándose. Los accidentes se prodigaron de una manera tan alarmante en los siguientes años que las autoridades recomendaron a la población evitar este lugar. No obstante,, siempre había excursionistas poco prevenidos, incautos o desconocedores del lugar, que venían. En la mayoría de los casos no se volvía a saber de ellos, y en las contadas ocasiones en las que aparecían los cadáveres, éstos se encontraban en avanzado estado de descomposición y casi totalmente devorados. para mucha gente todas estas muertes revestían el carácter de simples accidentes, pero algunos antiguos vecinos del pueblo decían que se trataba de la venganza de Juan el Loco y otros aseguraban, incluso, que aquel hombre seguía habitando en el pueblo, que vivía entre los peces y que atacaba a los hombres que entraban en el pantano... y en dos o tres ocasiones algunas personas presentaron pruebas de que tal posibilidad o alguna muy similar era cierta. pero, claro, nunca los creyeron».

Cuando los ojos de aquel hombre se centraron en los de Ana, ésta sintió

un escalofrío. La historia del pantano había finalizado y de nuevo el silencio separaba a los dos seres humanos. Comenzaba a anochecer y Ana sintió un frío intenso a pesar de la proximidad del fuego. El hombre que había surgido del pantano se incorporó y tendió su mano enguantada a la mujer.

–Estoy muy preocupada por mi marido –dijo ésta, estrechándosela–. Le ruego que no se marche.

–Su marido entró en el pantano. Ya sabe lo que sucede con la gente que viene a perturbar la paz de este lugar. El pantano mató al pueblo y ahora el pueblo clama venganza.

–¡No diga eso, por favor!

–Está bien. Si prefiere que me calle, allá usted. Si desea escuchar el silencio, hágalo. Escuche. Escuche el silencio...

El capuchón cubría ahora casi totalmente el rostro del hombre. Ana desvió la mirada hacia el pantano, pero no descubrió el menor rastro de su marido. Luego miró a su alrededor, pero las sombras de los árboles no le transmitieron ningún mensaje de consuelo, sino de inquietud. Todo era silencio, tinieblas y frío. Sintió miedo y miró al hombre, que caminaba lentamente hacia su barca.

–¡Espere! –dijo, avanzando en su dirección.

–Tengo que marcharme –replicó sin detenerse.

–¡No, por favor!

El hombre se detuvo, giró sobre sí mismo y miró a la joven. Ana volvió a hablar.

–Sus historias me han intranquilizado.

–Ya le advertía que no debía escucharlas. De todas maneras, sólo son leyendas.

–La verdad es que estoy preocupada por mi marido. Ya es de noche, y... no sé, si pudiéramos advertirle de alguna manera...

–Es imposible. Ancló muy lejos su bote.

–Usted sabe dónde está, ¿verdad?

–Sí.

–Yo... si pudiera... ya sé que es abusar de su amabilidad, pero si usted pudiera... yo querría , si usted me llevase...

–¿Qué desea? ¿Reunirse con él?

–Sí; advertirle de todo esto y marcharnos de aquí esta misma noche.

–Comprendo...

–Mire, es que estamos de viaje de novios y no sabíamos...

–Ya...

Se produjo un largo silencio y, luego, el hombre comenzó a caminar hacia su barca.

–Le llevaré junto a él –dijo–. Sígame.

El hombre empujó la barca y echó los remos al agua. Cuando Ana se disponía a subir, unos extraños sonidos la detuvieron. El hombre vio su indecisión y ofreció una explicación.

–Son los crustáceos. Estarán luchando con el retel. No se preocupe. No saldrán.

Ana subió a la barca y vio que el lugar de procedencia de los sonidos estaba cubierto con una gran lona negra. El sonido producido por centenares de pinzas no cesaba y casi llegaba a hacerse ensordecedor.

No obstante, el pescador no prestaba demasiada atención a los mismos sin duda porque estaba habituado a ellos.
El hombre comenzó a bogar con extraordinaria energía y pronto se adentraron en el pantano. Ana, sentada en el extremo opuesto al de la lona, veía las fuertes espaldas del remero con el que no había cruzado una sola palabra desde que entrara en la barca. El sonido de los remos al chapotear en el agua y el de las tenazas de los cangrejos eran los únicos que violaban el silencio reinante. No obstante, la mujer pronto creyó escuchar otro sonido distinto procedente del lugar donde se encontraban los crustáceos. Era como si alguien rasgara algo, como si las pinzas no sólo chocaran entre sí, sino que cortaran algo.
Los pies de Ana chapotearon sobre el entarimado de la barca y pensó que era extraño que tal cantidad de agua hubiera entrado en la misma, sobre todo teniendo en cuenta que los reteles no arrastraban mucho líquido. Maquinalmente, introdujo la mano en el mismo para sentir la tibieza del agua pero luego, comprobó que el sabor de aquel líquido pertenecía al de una naturaleza bien distinta de la que imaginaba: era... ¡sangre! No, no podía ser. Sin duda, estaba confundida. Quiso decir algo al remero, pero éste continuaba con su tarea sin prestar atención a su pasajera. Ana intentó descifrar con la vista el carácter líquido en cuestión, pero las sombras que ya envolvían el entorno le impedían obtener una información nítida acerca del mismo. Así, volvió a introducir la mano bajo la sustancia que cubría el fondo de la barca.
Un grito obligó al hombre a volver la cabeza hacia Ana. Esta, incorporada sobre la barca, agitaba su mano de la que colgaba un enorme cangrejo que había aferrado las pinzas a la carne. El hombre, muy lentamente, se acercó a a su compañera de viaje y, agarrando su muñeca , tomó con sumo cuidado al animal con su mano enfundada y, acercando la boca al crustáceo, murmuró unas palabras. Instantes después, las aceradas pinzas cedieron la presión y la mano de Ana, por la que corría un pequeño reguero de sangre, quedó libre. El hombre depositó al cangrejo sobre el suelo de la barca, pero el crustáceo cerró las pinzas sobre el guante, arrastrándolo hasta perderse bajo la lona.
–¡Pobrecillo! –dijo el hombre, lanzando una mirada compasiva hacia Ana–. Siempre está jugando con mis cosas. Sin duda, han acabado de comer, ¿sabe?
El hombre recuperó la verticalidad y permaneció unos instantes mirando la lona que debía ocultar los reteles. A pesar de la oscuridad Ana pudo ver, aterrada , que la mano libre de su acompañante presentaba un aspecto palmeado, pues las membranas interdigitales se extendían casi hasta los extremos de los dedos, indicando la funcionalidad hacia la que habían tenido.
–Sí, seguro que ya han acabado su comida... –murmuró el hombre, al mismo tiempo que retiraba la lona.
Ana no pudo evitar un grito de horror y sus manos crispadas se hundieron en sus mejillas. Allí, al otro lado de la barca, se distinguía un amasijo de carne y huesos que una legión de crustáceos destrozaban con sus tenazas. Las costillas estaban al descubierto, la carne que recubría la calavera había sido devorada y los cangrejos estaban dando buena cuenta del resto del cadáver, donde no había ni una mínima porción de

piel que no hubiera sido rasgada por las demoledoras pinzas. A la tenue luz del anochecer, Ana vio brillar en torno al cuello de la ensangrentada masa la cadena de oro que pocas horas antes ella misma anudara alrededor de la garganta de su marido. Mientras la mujer se dejaba caer pesadamente al fondo de la embarcación, donde quedó encogida sobre sí misma, el hombre volvió a hablar.

–Estamos exactamente sobre el pueblo. Ahí abajo están todos mis amigos... estos que me acompañan son sólo algunos de sus hermanos, los más allegados a mí. ¡Ah! Y, esperándonos en la cripta de la iglesia está mi padre, Juan el Loco. nunca sale de allí, ¿sabe? Su marido ya le ha visitado y ahora, sin duda, estará esperando que usted vaya a cumplimentarle. Agradecemos mucho ver caras nuevas y hace tanto tiempo que no viene nadie a visitarnos...